

Disputa por el Futuro

Las Ganas de Creer

POR LORENZO MEYER

EL lector no tiene por qué saberlo, pero resulta que yo tuve la buena fortuna de nacer justamente cuando en el horizonte mexicano se anunciaba lo que, con algo de exageración, se puede llamar el glorioso amanecer de la posrevolución mexicana. El aire de la ciudad de México en el avilacamachismo era transparente y el Escuadrón 201 nos habría de permitir paladear el sabor de una victoria de carácter universal a cambio de una modesta cuota de sangre. La industrialización se anunciaba ya como la fórmula ideal para alejar a México de sus viejas raíces rurales y volverlo, lenta pero seguramente, un país moderno, desarrollado, orgulloso y justo.

★

MI socialización en el seno de una familia de clase media muy media, así como en la escuela, me hizo tener una visión positiva y optimista del futuro, tanto del individual como del colectivo. Al concluir Miguel Alemán su sexenio, yo tenía ya edad suficiente para entender lo que significaba la corrupción oficial y privada, pero eso no me pareció otra cosa que un prietito en el arroz; en el panorama general me resultaba aceptable y positiva la imagen de la Revolución Mexicana y de la legitimidad del gobierno. No me cabe duda de que yo tenía muchas ganas de creer en el futuro, y en esto no parece que haya estado solo.

En mi niñez y adolescencia no era irreal para la clase media suponer que, con algo de esfuerzo, uno lograría no sólo mantenerse en el nivel social al cual

pertenecía por nacimiento, sino incluso superarlo. Al menos así recuerdo la actitud predominante entre los condiscipulos de las muchas escuelas por las que pasé. Y este optimismo no era mera fantasía, estaba basado en el crecimen-

to de la economía, en el "milagro mexicano".

Esta autobiografía mínima viene al caso porque es muy probable que la actitud de los mexicanos jóvenes que han empezado a tener conciencia de lo que es el mundo social y político que les rodea, sea distinta de la que yo tuve. Creo que entonces como ahora los estratos más bajos de nuestra sociedad veían su entorno con los ojos propios de quienes viven en eso que se ha llamado "la cultura de la pobreza". Una de las características de esta cultura es vivir al día e ignorar al futuro. Para los pobres —según nos dicen quienes de esto saben— no tiene mucho sentido sacrificar alguna de las pequeñas satisfacciones del difícil presente en aras de lo que vendrá, pues suponen, y suponen bien, que eso que vendrá no puede ser diferente de lo que es y de lo que ha sido. Este realismo descarnado de las clases secularmente explotadas y humilladas les hace saber, entre otras cosas, que el trabajar más no es el camino para salir de pobre, que no tiene sentido ahorrar porque no hay nada que ahorrar, y que pensar en la educación formal como la vía para llegar a ser abogado, médico o gran comerciante, es pura fantasía, pues en su experiencia familiar eso nunca le ha pasado a nadie.

En contraste con lo anterior, está la idea de vivir el presente en función del futuro. Esta es una de las características centrales de la cultura de la clase media y para ella esto significa ser realista. Ahora bien, en tiempos como los que corren —tiempos de inseguridad, de depresión, de incertidumbre— la imagen que esa clase media tiene del futuro está preñada de amenazas. Se trata de un futuro en crisis, que no invita, como antes, a sacrificarle parte del presente, pues se duda de que el futuro tenga la capacidad de retribuir con creces ese esfuerzo.

★

ME preocupa el futuro no tanto por mí, sino por mis hijos y por esas oleadas de niñas y adolescentes que en este momento se están formando sus primeras ideas sobre el país en el que viven y sobre las posibilidades que tendrán, individual y colectivamente.

te, al llegar a la edad adulta. Estas ideas justamente por ser las primeras, resultan ser las más indelebles, las determinantes.

Creo que el siglo XX cuenta con un buen número de experiencias sobre lo que puede ocurrir cuando las frustraciones individuales de muchos jóvenes —en particular de los de clase media— encuentran una forma de expresión colectiva, politizada y utópica.

Egipto es un ejemplo de sociedad subdesarrollada donde la promesa de un futuro mejor —la promesa de Nasser— se perdió después de la guerra con Israel en 1967. Fue este "rompimiento de la promesa" lo que llevó a jóvenes universitarios de clase media, a entrar en organizaciones de corte milenaris-

ta, como la Takfir Wa Ijra, que explicaban a sus jóvenes militantes la soledad del presente y el sentido del futuro, como resultado de la corrupción del gobierno y de la sociedad en su conjunto. Anualmente El Sadat pagó con la vida la desilusión de esos jóvenes con su sociedad. El caso de Perú resulta igualmente ilustrativo. El estancamiento económico prolongado de la sociedad peruana, así como su largo historial de desintegración racial, de oligarquía y de dictadura, llevó a que en la Universidad de Ayacucho, y entre profesores sin reconocimiento y estudiantes sin futuro, surgiera ese estallido de furia social largamente contenida —para muchos incomprensible— que es "Sendero Luminoso". A sangre y fuego los senderistas pretendieron hacerse pagar el futuro sin ilusiones al que la frustración del proyecto reformista del general Juan Velasco Alvarado condenó a muchos jóvenes. Para ellos, Alan García llegó trágicamente tarde.

En fin, todo lo que quiero decir es que la tarea de largo plazo es abolir las causas de la cultura de la pobreza, pero la tarea urgente es impedir que surja la cultura de la violencia entre los jóvenes de clase media. Para ello se debe reiniciar el crecimiento de la economía y cambiar las formas de participación política a fin de permitir la aparición de una nueva "promesa del futuro". Una promesa que suene y sea convincente, capaz de inducir a ciertos sacrificios pacíficos y civilizados del presente en aras del futuro. Una promesa que permita ir incorporando a los de más abajo, una promesa que bien puede ser modesta pero que debe ser vista como real. En mi opinión, ésta es la única alternativa contra la búsqueda violenta de la utopía.

No hay que perder de vista que toda frustración social tiene un potencial destructivo, que si bien tarde en incubarse, una vez desarrollado exige un precio muy alto para desaparecer.